

tener lugar su inmolación, aún mística é incruenta, pero real. Admirad ya las trazas maravillosas de que ha sabido echar mano, valiéndose, por decirlo así, de las especies eucarísticas como de instrumento para efectuar cumplidamente sus designios. Exigiendo la ley del sacrificio la destrucción de la víctima, y no siendo esto posible en su forma propia de hombre inmortal y glorioso, revístese de una forma capaz de ser alterada y destruída realmente; y así, por efecto de su presencia real debajo de aquellas especies, el mismo Cristo sufre verdadera, aunque mística, destrucción. Su cuerpo no puede ya separarse físicamente de su sangre, no pudiendo quedar exangüe ahora, como quedó en la cruz; ni la sangre adorable puede ya correr fuera de sus vasos, porque debe llevar constantemente la vida á todos los órganos del sagrado cuerpo; mas he aquí que Cristo quiere que su cuerpo esté bajo los accidentes del pan y que su sangre se ponga bajo los del vino, diciendo distintamente: *Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre*<sup>1</sup>, y á su voz, á que nada resiste, el cuerpo y la sangre quedan milagrosamente separados, divididos, como están divididas las especies, y el sacrificio queda consumado y perfecto.

9. Lo cual, con ser verdad incontestable, no impide que Cristo esté todo y entero, cuerpo y sangre unidos, en cuerpo y alma, en cada una de las especies, como en cada mínima partícula de las mismas<sup>2</sup>. ¡Prodigiosas obras del Altísimo! ¿Quién podrá comprenderos ni explicaros? De este misterio puede darnos alguna idea otro misterio, el de la Encarnación. Aunque inseparable

<sup>1</sup> Marc. 14, 22. 24.

<sup>2</sup> Manet tamen Christus totus sub utraque specie (Rhythm. S. Thomae).

el Hijo, del Padre y del Espíritu Santo, consustanciales todas tres Personas, no siendo más que una é individua divinidad, fué, no obstante, sólo la segunda persona la que tomó carne en las entrañas de María. El Padre no se hizo hombre, ni el Espíritu Santo vino á la tierra revestido de nuestra vil librea; mas en el Verbo Encarnado estaban el Padre y el Espíritu Santo, y eran una misma cosa en Él<sup>1</sup>. El Hijo se inmola en sacrificio al Padre; pero el Padre está en el Hijo, y recíprocamente: hay entre los dos perfecta unidad y perfectísima distinción. *¡Oh profundidad!* exclamaremos con San Pablo<sup>2</sup>.

10. Todavía podemos ilustrar nuestro asunto discurrendo sobre la condición gloriosa de Jesucristo en relación con su carácter de alimento sobrenatural, de donde fácilmente inferiremos la necesidad de quedar escondido el cuerpo de Cristo debajo de las sagradas especies. Por lo mismo que Jesucristo es impasible, es también incapaz de corrupción y de mudanza, porque ha entrado ya en la vida eterna é inalterable, donde nada cambia ni se pierde, aun para los mismos cuerpos, participantes de la condición de los espíritus, como éstos lo son del Ser divino. ¿Cómo, pues, podrá ser alimento de los pobres mortales, siendo así que, para ser tal, parece necesaria la alteración y la mudanza, supuesto que la sustancia que alimenta debe entrar é incorporarse en el sujeto que la recibe? ¿Cómo puede compadecerse la asimilación de Cristo con nuestra vil sustancia en las condiciones gloriosas de su adorable cuerpo? Verdad es que aquí las cosas pasan muy de otra manera de como acontece en la nutrición y mantenimiento natural; por-

<sup>1</sup> Io. 17, 21.

<sup>2</sup> Rom. 11, 33.

que, como hace decir San Agustín á Jesucristo: *No soy yo el que tengo de convertirme en tí, sino tú quien te habrás de transformar en mí*<sup>1</sup>; de suerte que no es Cristo asimilado por nuestra carne, lo cual sería tan absurdo como que Cristo se convirtiera en nosotros, sino el hombre en cuerpo y alma es el que se hace semejante al cuerpo y alma de Cristo sacramentado. Eso no obstante, subsistiendo en toda su verdad el fenómeno sobrenatural de la nutrición eucarística, necesario parecía algún género de alteración por parte del alimento divino; y, puesto caso que esa alteración no podía afectar al mismo cuerpo ya inmutable, como glorioso, debió verificarse en las especies que envuelven misteriosamente aquel sagrado cuerpo. Y en efecto, las especies se inmutan y destruyen sin que el cuerpo de Cristo padezca alteración. Pero pasemos ya á demostrar la necesidad de las especies sacramentales por la naturaleza misma del espíritu cristiano.

### III.

11. Habiendo venido Jesucristo á rescatar al hombre del oprobioso yugo de la carne, pues *carne habíase tornado todo el hombre*<sup>2</sup>, esclavizado por la sensualidad, quiso imprimir á su obra y á la institución en que la perpetuaba, un carácter de eminente espiritualidad. *Hízose el Verbo carne*<sup>3</sup> para hacer al hombre espíritu. De ahí que todo sea espiritual en el cristianismo. Las mismas palabras de Jesucristo son *espíritu y vida*<sup>4</sup>. *El espíritu es el que vivifica: la carne no aprovecha nada para la salvación*<sup>5</sup>. *Andad en espíritu*<sup>6</sup>. Finalmente por

<sup>1</sup> Non ego mutabor in te, sed tu mutaberis in me.

<sup>2</sup> Gen. 6, 3.      <sup>3</sup> Io. 1, 14.      <sup>4</sup> Io. 6, 64.

<sup>5</sup> Ibid.      <sup>6</sup> Gal. 5, 16.

Jesucristo y la Iglesia que Él fundó para la salvación del género humano, tuvo su pleno cumplimiento la antigua profecía: *El espíritu del Señor ha llenado la redondez de la tierra*<sup>1</sup>. Donde quiera que Jesucristo ha sentado su trono, allí domina el espiritualismo en toda su pureza: espiritualismo en las doctrinas, espiritualismo en las prácticas, espiritualismo en las tendencias. Así el género humano, redimido por el Verbo hecho carne, ha pasado del reino sombrío de la muerte, que es la vida de la carne<sup>2</sup>, á la hermosa región de la vida, que es el imperio del espíritu, divinizado por la comunicación del espíritu de Dios. De aquí nace la eterna pugna del materialismo, expresión científica de la vida carnal, con el cristianismo, escuela del más depurado espiritualismo. La carne combate contra el espíritu, como Belial contra Cristo. ¡La carne! he ahí el más avanzado enemigo de la obra de Dios, de la santificación... *Por eso los que son de Cristo, dícelo el Apóstol*<sup>3</sup>, *crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias*.

12. Pero ¡hasta dónde llega, cristianos, la espiritualidad del cristianismo, que parece rechazar la misma presencia corporal de Cristo, á lo menos como objeto natural de los sentidos! Nada más asombroso que el pensamiento oculto en aquella delicada insinuación de Jesús á sus discípulos, convenciéndolos de la oportunidad de su desaparición de la tierra: *Conviéneos á vosotros que yo me ausente, porque, si yo así no lo hiciere, el Paráclito no vendrá á vosotros*<sup>4</sup>. ¡Cómo acabar de adivinar este misterio! Pues, ¿qué? ¿podrá considerarse incompatible la venida del Espíritu Santo con la permanencia

<sup>1</sup> Sap. 1, 7.

<sup>2</sup> Rom. 8, 13.

<sup>3</sup> Gal. 5, 24.

<sup>4</sup> Io. 16, 7.

de Cristo, de quien el mismo Espíritu procede? Siendo Jesús el santo de los santos: su vista, su contacto ¿no había de santificar á sus discípulos? No cabe duda de que la sacratísima humanidad fuese en sí misma una fuente de santidad para aquellos que la veían y trataban; pero también es cierto que los ojos de los hombres no son jamás bastante puros, ni sus afectos tampoco, mientras no pierden de vista toda representación sensible. «Amaban los apóstoles á su Maestro, dice un piadoso y docto escritor<sup>1</sup>, todavía con afecto sensible, y en esto se amaban á sí mismos: era, pues, necesario que todo lo que aún era carnal se trocase en espiritual... Quiere Cristo ser amado con amor tan puro y espiritual, que no se mezcle con nada de amor propio para que éste no estorbe la presencia del Espíritu Santo.... Aun aquella consolación y gusto sensible que probaban los discípulos con la familiaridad del Señor, debía ceder el puesto á otro género de consolación del todo espiritual y más perfecta.» Y esta observación concuerda con el común sentir de los expositores. ¿Comprendéis, cristianos, hasta qué grado de espiritualidad nos lleva el genio é índole del cristianismo? El mismo amor de Cristo es preciso depurarlo, espiritualizarlo, para que sea digno de Él y verdaderamente sobrenatural.

13. Y ¿no nos conduce esta doctrina al esclarecimiento de la verdad de que tratamos, á reconocer por una razón más la necesidad de quedarse Cristo oculto bajo el velo de las especies sacramentales? Porque ¿cómo no había de desaparecer sensiblemente del trono de la Eucaristía aquél que quería ser adorado allí y amado de los hombres con un culto enteramente espiritual y

<sup>1</sup> Avancini S. J., Medit. de Vita D. N. I. C.

santo? *He aquí que yo estoy con vosotros día y noche hasta que concluyan los siglos*<sup>1</sup>, habíamos dicho el amable Salvador; pero *ya no me veréis*<sup>2</sup>, añadía, indicándonos la necesidad de quedarse oculto entre nosotros. Pues, si aun nuestros ojos no podían contemplar las perfecciones de su divino rostro, ¿cómo pudiéramos, en el miserable estado en que vivimos dominados, á pesar nuestro, por la gravedad del afecto sensual, tocarle con nuestras manos impuras, aplicar á sus pies nuestros labios, como un día la dichosa Magdalena, abrir nuestros brazos para estrecharle en ellos, como la esposa bienaventurada? ¡Ah! no sufre todavía este linaje de consuelos y delicias la pobre condición de viadores, y por eso mismo lo rechaza la naturaleza extremadamente espiritual de nuestro culto y la índole misma de nuestros sacramentos. Jesús nos da su carne, verdad es; pero oid al Apóstol que nos avisa: *Gustar según la carne es darse muerte*<sup>3</sup>; de donde infiere San Agustín<sup>4</sup> que «ni la carne de Cristo debemos gustarla según la carne, esto es, según la impresión sensible, so pena de morir, á pesar de estar en ella la vida eterna». He aquí porque nos dice el mismo Salvador: *El espíritu es el que vivifica*<sup>5</sup>.

14. Concluyamos. No podemos ver á nuestro amado Señor en la forma propia de su sacrosanta humanidad glorificada; pero eso nada prueba contra la verdad de su presencia en el Sacramento de nuestros altares. Lo hemos meditado suficientemente para convencernos de que Jesús no podía, en efecto, permanecer de otro modo con los hombres que debajo de las especies sacramentales. Adorémosle tanto como si le viéramos en el

<sup>1</sup> Matth. 28, 20.

<sup>2</sup> Io. 16, 16.

<sup>3</sup> Rom. 8, 6.

<sup>4</sup> Tract. 21 in Io.

<sup>5</sup> Io. 6, 64.

fulgor de su hermosura. Algún día podremos verle al descubierto en el Tabor de su gloria perdurable. Así sea.

### SERMÓN SEXTO

(predicado en la iglesia de San Agustín, Bogotá, 1887).

#### Efectos de la sagrada Eucaristía: conocimiento y amor de Dios.

Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum.  
Y se abrieron sus ojos, y le conocieron.

Luc. 24, 31.

1. Dos cosas son absolutamente necesarias para que se efectúe en el vidente el fenómeno cognoscitivo que se llama visión; á saber, la luz y el ojo, el objeto bañado de claridad y el órgano apto para percibirla. Pero de estas dos cosas, aunque la primera sea fundamento objetivo de la visión, y aun razón de existir la segunda, puesto caso que el ojo no habría sido formado por Dios si no hubiese qué ver; la segunda, sin embargo, esto es, la aptitud del órgano visivo, ofrécesenos como más necesaria, atendido el acto mismo de la visión, que la primera. Porque ¿de qué serviría, oyentes míos, la brillante claridad de un objeto esplendoroso en sí mismo, y hasta su presencia delante del ojo enfermo ó ciego, ó tal y tan débil que la luz excesiva le ofuscará y obligará á cerrarse y como á huir de él? No es, pues, la naturaleza del objeto por sí sólo, ni siquiera el grado intenso de luz que lo baña, lo que produce la clara y perfecta visión: es la aptitud y adecuada disposición del órgano de la vista. Otro tanto sucede en el orden intelectual, que es orden de luz y de visión superior. Dios, objeto infinitamente cognoscible por su misma

esencia, que no es otra que el ser sin limitación ni accidentes<sup>1</sup>, está, sin embargo, dice la Escritura, rodeado de una niebla misteriosa é impenetrable para el entendimiento del hombre<sup>2</sup>: es luz, pero luz inaccesible. Evidente en sí, es demostrable para nosotros su existencia, paradójica su naturaleza; y, en cuanto á su modo íntimo de ser, ó esencia íntima, misterio absolutamente indecifrible<sup>3</sup>. ¿Por qué todo esto, hermanos míos, sino por defecto de capacidad de parte nuestra, y por exceso de luz y claridad en el objeto? Semejantes á las aves nocturnas, cuya pupila no es bastante resistente á los rayos del día, y tienen que contentarse con cruzar el espacio á la luz del crepúsculo para buscar su alimento, así nosotros, inteligencias débiles para la suma claridad del sol divino, tenemos que contentarnos con verle en el pálido reflejo que de Él arrojan las criaturas; y, si es que alzamos nuestros ojos para mirarle en sí mismo, no ha de ser sino á la penumbra de la fe<sup>4</sup>.

2. Necesitamos, pues, para alcanzar el conocimiento del Ser divino (en cuya noción se cifra la felicidad del ser inteligente), no sólo la aptitud sobrenatural para ver de algún modo lo que está tan por encima de nuestros alcances, sino también que Dios, por un acto de condescendencia, se adapte á nuestra flaca potencia de visión, que se nos haga visible; y esto es, precisamente, lo que se ha dignado hacer en el Sacramento de su presencia eucarística, en el cual podemos, mejor que en ninguna otra parte, *conocer á nuestro Dios y gozar con fruición* inefable de la felicidad que nos brinda su conocimiento. Estos son, en verdad, los maravillosos efectos de la divina Eucaristía:

<sup>1</sup> Ex. 3, 14.

<sup>2</sup> 1 Tim. 6, 16. Ps. 96, 2.

<sup>3</sup> Io. 1, 18.

<sup>4</sup> 2 Petr. 1, 19.